

¡Ahí...va, Babilonia!

1

Egipto - dice Herodoto - es un regalo del Nilo. ¿Y qué diremos entonces cuando el donante no es solamente un río, por más generoso que sea, sino nada menos que dos? Entre el río Éufrates y el río Tigris florece una tierra fértil, una luna creciente que los geógrafos han llamado Mesopotamia, una palabra que incluso los que no saben ni alfa ni beta de griego conocen que significa "en medio de" (meso) los ríos (potamos). O sea, la región de Mesopotamia no está como los hipopótamos y los submarinistas debajo del agua sino entre dos aguas como un marqués valenciano. Vamos, casi chapoteando, cubierta de barro como las botas de los arqueólogos. Y del adobe o barro cocido sale la comida adobada en tarteras, los ladrillos de barro de las casas de barrio, lejos de la piedra o el barro esmaltado del centro urbano, ese barrio o rabal donde la *civitas* o ciudad cavada acaba ya en el polvo, en el lodo o fango. En el barro del barrio los niños de la calle juegan, realizan con el lodo actividades lúdicas. ¿No significa "escuela" "ocio, diversión"? Y en el barro "barrita" o suelta berridos el elefante, que los romanos llaman "barrus", tal vez porque la birrionda fiera se ducha con la trompa el lomo en un cenagal para refrescarse del calor y quitarse de encima algún osado bichejo parásito. Desde los paquidermos de cómicas orejitas del valle del Indo conquistado por Alejandro, hasta los que, sin ser de un circo, usó el cartaginés Anibal para cruzar los Alpes y asustar a los romanos quitándoles el hipo, los Dumbos fueron la carrocería blindada de los ejércitos antiguos, los *panzer*, los tanques que entraban entre las tropas enemigas como en una cacharrería de quincalla. Muchas veces, para que su eficacia militar fuese mayor, se les hacía tomar alguna sustancia que los drogaba de modo que las bestias embestían como locas en todas las direcciones. Poder disponer de una tecnología militar superior era la base sobre la que se asentaba el poderío de los pueblos. Armas de hierro más fuertes, carros más ligeros y manejables, arietes y catapultas más testarudos que algunos cabezones, cascos capaces de soportar una buena pedrada de un hondero, etc. Ya no bastaba con tomar lo de uno sino que también se ambicionaba lo del vecino. El imperialismo no es una invención moderna. El acadio Sargón, que no era semita si bien fue "salvado de las aguas" en un cesto como Moisés, es como un tirano ario de cabello rubio y de ojos azules odiando a los negritos etíopes. Para el hombre actual, que no aspira a ser un especialista de cosas tan alejadas, todos esos pueblos se funden y confunden sobre un fondo

común. ¿Acaso no son iguales para un gringo los colombianos y los albaceteños? Y para nosotros ¿qué distingue un árabe de un bereber? Sumerios, acadios, asirios, neobabilonios, persas... Todos han querido dominar Mesopotamia en una época en la que no se conocía ni sospechaba nada del petróleo ni se ponía como excusa para la invasión la posesión de armas de “destrucción masiva”... Sí, Mesopotamia es hija del barro y del agua de dos ríos. Un relieve nos muestra a unos soldados barruntando las huellas de unos enemigos ocultos en un cañaveral; otro nos hace ver el transporte en el río de grande troncos de madera, una materia escasa en la zona. Sin embargo, la imagen más interesante es una en la que vemos a unos soldados nadando en un río, huyendo de las flechas del enemigo a “lomos” de un odre hinchado de aire. No se trata de tablas de “surfeo”, ni meros flotadores para contrarrestar la pesadez de la vestimenta militar. La permanencia en la sobrefaz del río haría más sencilla la tarea de los arqueros. El punto esencial es observar que los soldados tienen la boca en la tetilla de las odres. ¿No se trata cuasi de una forma de buceo, de unos pulmones suplementarios y externos que permiten al fugaz “submarinista” escapar sin salir apenas del agua? Su peso lo mantendría debajo del agua y, como la vejiga de los peces, podría sumergirse o salir ladeando su cuerpo y aprovechando el empuje que hace subir al odre. Hipótesis sin duda.

Una de las cosas que debemos a los habitantes de Mesopotamia es ese arte que sirve para rellenar formularios, recibir la nómina, poner reclamaciones o escribir largas novelas románticas en las que la chica se queda suspirando en la ventana mientras el galán, habitualmente un calavera, desaparece para ir a la guerra. La escritura cuneiforme requiere la “cuña” de una caña, de donde nos vienen las plumas estilográficas en punta, y una tableta de arcilla blanda que luego se deja secar al sol. Aunque el procedimiento es menos duradero que las iniciales de los enamorados grabadas en un tronco, las tablillas de barro cocido no son menos inseguras que el papel. Unas se quiebran, otras se rompen. ¡Y se conservan numerosas! La paciencia y el saber de los arqueólogos, distraídos en tales crucigramas o sodokus filológicos, nos permiten conocer los gastos de palacio, el número de vacas que comían, los reales fundidos en fiestas, y otras cosas de ese tenor. Pero, cosa aún más importante, la escritura cuneiforme permite conocer las leyes que gobiernan a los súbditos del monarca. Como las leyes no son cosa para figurar en papel mojado se usa piedras, lápidas. Dios había usado el pictograma del arco iris para simbolizar su alianza con Noé, pero se dio cuenta de que en el cielo los colores se borran más fácilmente que en una pizarra. De ahí que las Tablas

de la Ley dadas a Moisés se encuentren escritas en piedra, para que duren más tiempo. En Mesopotamia el rey Hammurabi hace lo mismo con su código y, del mismo modo que los bandos puestos en la pared, se hacen copias repartiéndolas por los caminos para que nadie pueda alegar “ignorancia” de las normas. Claro es que se puede justificar la “ignorancia” de saber leer, pero no se sabe si el analfabetismo generalizado (todos, salvo los pocos escribas) valía para no recibir las penas establecidas en el código. En cualquier caso, Hammurabi, como algunos ministros de cuyo nombre no quiero acordarme, se ha hecho famoso por una ley escrita en una estela de basalto cuyo tamaño es un poco mayor que el de un jugador de baloncesto. La fecha de su promulgación viene a ser como el inicio del siglo de la Ilustración pero visto de una forma simétrica, caminando de espaldas al nacimiento del salvador de todos los hombres, incluida Lucy. O sea, alrededor del 1750 antes de Jesucristo. En la parte de arriba vemos al rey de pie que recibe el código de un dios que está sentado (los que no sabemos mucho protocolo deducimos que solamente un dios puede estar sentado ante un monarca de pie). He aquí la esencia de cualquier Antiguo régimen, los más antiguos y los antiquísimos: el poder viene de lo alto, del cielo. Los reyes, aunque parezcan mandamases, son - ipobrecitos! - unos mandados. Alguno recibe en sueños la orden de construir un templo con tales y cuales medidas precisas, exactas, sin dejar al arquitecto la más leve improvisación. La ciudad, con su templo, posee un dios local, visible a los súbditos en sus vicarios, y junto a él un rey, y los dos, monarca y sacerdotes, se rascan mutuamente las espaldas cuando no son una y la misma persona la que se acaricia a sí misma. Por supuesto, ni reyes ni sacerdotes pueden nada sin las espaldas que les respaldan las espaldas. En cierto trono real se ven las patas y los asientos formados por muchas pequeñas figuras de hombres. El Estado - el rey - se asienta sobre su pueblo que lo mantiene y lo soporta. Con su código Hammurabi establece una cosa clara: un solo rey, una sola voz, una sola ley homogénea para todos. Los jueces dictan sentencias en nombre del jefe del Estado y si la cambian una vez que ésta es firme y escrita en la tablilla son castigados severamente y expulsados de la judicatura. El espíritu que inspira el texto jurídico es restablecer el orden roto, devolver el equilibrio perdido en la sociedad. La “equidad”, como las balanzas del peso, supone que si se altera un platillo debe compensarse el peso con el otro: ¿Me arrancas un ojo? Pues pierde tú el otro. A tal crimen, tal pena: la ley del Talión, que no de Talía. Y tal vez sea la palabra “muerte” una de las más repetidas en los casi trescientos artículos del texto legal. La pena de muerte no era algo tan espantoso para la mentalidad

antigua - siglo XVIII a.C. - como lo es hoy - siglo XXI d.C. - para una buena parte, la mayor, de los occidentales, excluidos los gringos, salvadores de las democracias europeas en aquellos penosos tiempos del nazismo. De todos modos no debemos incurrir en la simpleza progresista de que "cualquier tiempo pasado fue peor", ni tampoco en su contraria. Pongamos el caso de la calumnia. En nuestros tiempos uno puede llamar a otro "ladrón", "prostituto", "mamahuevo" o cualquier barbaridad y tales expresiones quedarán amparadas bajo la respetabilísima "libertad de expresión". Calumnia, que algo queda. En el código de Hammurabi si el acusador no puede probar su acusación queda entonces claro que calumnia y... bueno, sí, tal vez el castigo de pena de muerte sea un poco excesivo, pasarse de la raya tres pueblos. Sin embargo, exagerado pero efectivo. Como diría el poeta Villon, "sean fritas en aceite las lenguas malvadas". Del mismo modo, al menos en España, los ricos se libraban de ir al servicio militar mientras que el código mesopotámico - cosa que le honra - prohíbe bajo la pena capital contratar un mercenario que haga por uno el deber que solamente compete a uno: luchar por el reino y por el rey.

2

Pero no toda la escritura es tan pragmática y aburrida como las que publican las gacetas oficiales. También los pueblos de Mesopotamia sabían divertirse con la literatura y el canto. Una estatuilla nos muestra a una "gran cantante", casi una cupletista con enaguas o falda pantalón dignas de las bailarinas del can-can parisino. Probablemente cantaría en algún soberbio "banquetazo" para el rey y la reina, tumbado en diván uno y sentada en silla la otra, bajo un emparrado repleto de uvas maduras tal como se puede ver en un relieve. Barbarie refinada. Bajo la parra, junto a los músicos que loan las hazañas del rey, se halla colgada la cabeza de un monarca enemigo. La escena nos trae a la memoria a los coroneles nazis viendo a los pobres hebreos hacinados y macilentos en un campo de concentración mientras escuchan como telón de fondo una ópera de Wagner. El reposo del guerrero - representado en una estela como un gigante entre pigmeos - después de haber pisado la cabeza de los enemigos, o haberlos empalado en picas, o cualquiera de las salvajadas que los hombres realizaban antes de darse cuenta de que un esclavo vivo vale más que un enemigo muerto. Un jesuita, amigo de la casuística, valoraría la esclavitud como un mal menor, un bien en relación a un mal mayor. Y entre guerra y guerra nada mejor que estirar los músculos cazando los

leones, un pasatiempo de los reyes. La caza mayor siempre ha sido un privilegio de los grandes o de personajes legendarios y algo fanfarrones como el hebreo Sansón. La mayor figura literaria de Mesopotamia, el héroe Gilgamesh, aparece representado como un gigantón de cabellera aleonada cargando entre los brazos como un cachorrillo a un león tan pequeño que parece su propia cría. Casi podría decir como nuestro señor don Quijote. “¡Leoncitos a mí!”. Gilgamesh es una especie de Hércules bruto al que su amigo Enkidu, un Sancho Panza oriental, humaniza hasta el punto de hacerle emprender un viaje en busca del secreto de la inmortalidad, según unos, y de la eterna juventud, según otros. Puestos a elegir entre una y otra sin duda es preferible ser eternamente un muchacho que un enclenque achacoso “de por vida”, una vida que no tiene la compasión de acabar. En el trascurso del viaje conoce a la versión mesopotámica de Noé, con un nombre mucho más largo y complicado, pero superviviente también de un diluvio distinto al de la Biblia con el cual tiene en común que solamente los peces no entran en el arca. Otra cosa digna de mención, entre muchas aventuras que sería largo contar a quien no quiere escuchar, es su encuentro con los “hombres-escorpión”, monstruos terráqueos y mucho más feos que las sirenas encantadoras. Estos seres fabulosos aparecen en los sellos cilíndricos que graban los certificados de propiedad, como hoy los actuales ex-libris, o las marcas del ganado, los dibujos de la heráldica en los escudos, o incluso los tatuajes de los marineros que se hacen escribir en la piel del hombro: “Lolita”. No es fácil adivinar cómo un hombre tiene la ocurrencia de “cortar y pegar” para crear un humano escorpionado o un escorpión humanizado, pero tampoco es sencillo descubrir la razón de que los perros verdes monopolicen la extrañeza entre tantas cosas raras como puede elucubrar una mente calenturienta. Al hombre-escorpión le da la cola el toro alado, el águila leontocéfala, el león androcéfalo y engendros de ese tipo que nos recuerdan a los brujos o chamanes con cabeza de búfalo del arte rupestre prehistórico. Esos querubines que guardan las puertas apostados con la simetría de centinelas imponentes tendrán su eco en los símbolos - toro, león, águila, hombre- atribuidos a los evangelistas, quizás como reminiscencia del cautiverio en Babilonia. Entre los sellos cilíndricos conservados uno ha sido llamado “la tentación”. Allí, una mujer como Eva, aparece junto a una serpiente y el árbol de la vida mientras la observa uno de esos dioses con un sombrero que parece, más que pares de cuernos, un “corneto” de helado cremoso. En la Biblia la serpiente es la representación del mal. En Mesopotamia es símbolo de regeneración: la serpiente “muda” de piel, renace, como el hombre

nuevo tras el bautismo entierra al hombre viejo. Gilgamesh, el rey de Uruk, la ciudad de grandes murallas y de grandes mercados, logra la planta de la inmortalidad pero se la roba una serpiente mientras se echa una siestecilla. ¡Ya sabemos porque “todos los hombres son mortales”, “Pedro es mortal”, ergo, etc.!”.

3

Además de la víbora que tienta a una Eva de Ur, Lagash o Ninive, además de Noé y del Diluviado local o de los símbolos de los evangelistas que aparecen en los versos del profeta Ezequiel, y que nos remiten a la cautividad del pueblo de Dios en Babilonia, Mesopotamia aporta al mundo bíblico el tema de la torre de Babel. El templo o zigurat de estas tierras es una pirámide escalonada que parece un pastel de bodas entre el cielo y la tierra. Podría pensarse que es el escabel donde Dios pone su pie para bajar al suelo, pero para eso ya están las montañas que el mismo creador, el Altísimo, ha dispuesto para sus altares. De modo que esa tentativa de rascar el cielo parece encubrir - esta sería tal vez una insidia hebrea contra los paganos - el deseo de hacer cosquillas al Señor y tirarle de la barba. Una obra digna no ya de un faraón sino del Faraón Absoluto, del Rey de reyes. El fraccionamiento de una lengua común en multitud de familias lingüísticas dispersas y la incomunicación que tal ruptura conlleva se interpreta como un castigo a la insolencia humana. El fondo transhistórico del mito de Babel nos sugiere esas obras gigantescas, multinacionales, como el canal de Suez o Panamá, y en las cuales participan hombres de todos los ángulos de la rosa de los vientos: chinos, ecuatorianos, finlandeses, italianos, etc. a falta de una lingua franca, de un latín o un inglés, el capataz solamente puede mencionar la “cariola”, la “brouette” o la “carretilla” con el dedo, indicando: “coge eso”. Decir o “dicere” es señalar digitalmente. Los carteles no “hablan”, pero “dicen” cosas. Los cristianos suelen oponer el “don de lenguas” en Pentecostés al mito de Babel: el desencuentro y el encuentro, la dispersión y la unidad. Sin embargo, los laicos tienen una imagen más adecuada al zigurat de la discordia: el rascacielos de la ONU en donde funcionarios de cientos de lenguas buscan la *paz*, la *pace*, the *peace*, etc. en el mundo, nuestra “aldea global” para decirlo con el topicazo de moda. Subiendo unas escalinatas que harían sacar los hígados y otras vísceras al deportista con mejor forma, los zigurat (¿o zigurats o zigurates?) acaban en una torre o capilla a la que solamente tienen acceso los sacerdotes que mantienen la morada de los dioses. Por supuesto, así como los vigilantes de los faros se aburren y quizás hacen solitarios o alejandrinos, los

sacerdotes, sin radio, se entretienen mirando las constelaciones de estrellas y de las anotaciones observadas y dibujadas nace la ciencia de la astronomía. No siempre la religión ha puesto zancadillas a las ciencias. Unos cuantos cuadernos de notas, unas cuantas generaciones de sacerdotes curiosos y aburridos, y se llega pronto a la conclusión de que el año, el periodo anual, viene a ser como un año o anillo redondo, una rueda de trescientos sesenta días o grados. Todos los relojes suizos y los españoles que se comen las uvas oyendo los cuartos en la puerta del sol son deudores del sistema sexagesimal perfeccionado en esos observatorios situados como atalayas del misterio en la cima de los zigurates. Claro está que en la antigüedad la astronomía es prima hermana de la astrología y los sabios caldeos, magos de oriente, atribuyen a las estrellas fugaces virtudes de orientación que todavía hoy encandilan a los niños europeos que montan los belenes con la vista puesta en recibir algún presente que no sea ni mirra ni incienso ni, *malgré les parents*, el vil oro. Los niños que contemplan los regalos que les han traído los reyes magos seguramente ponen los mismos ojos de platos que algunas figuras de arcilla mesopotámicas. ¿Qué explicación tienen esos ojos inmensos, atónitos, pasmados? ¿Se trata acaso de un fenómeno de hipnosis colectiva ante la presencia supuesta de alguna divinidad? No lo sabemos. Algunos ven en esos “ojones” u ojazos una actitud suplicante, casi la imploración de algún ruego. La actitud típica del orante es mantener el brazo en alto, flexionado, sostenido con la otra por un codo. Símbolo de petición que llega, mientras Dios no ha muerto y Cristo es Dios, hasta los “pordioseros” modernos en las puertas de las iglesias. Y puestos a pedir llama la atención unas estatuas de diosas o mujeres llevando en sus manos unas jarras muy parecidas a los botes o latas de colecta contra el Sida o el cáncer. La verdad es que no se trata aquí de recolectar monedas sino de dar prosperidad agrícola. Esos vasos “manan” agua, al menos en las pinturas murales. Quizás en las estatuas funcionasen como verdaderas fuentes que vertían el agua impelida por alguna cisterna más elevada. Su simbolismo parece tan claro como el cristalino líquido de la fontana: una llamada a la fecundidad natural fruto de la molécula formada con dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno. Unos genios alados, mediante la aspersion de una piña empapada en agua, riegan una palmera en un rito similar destinado a propiciar la abundancia. En sus manos llevan un cesto al que la visión plana hace confundir con un bolso de señora “bien” y la mano regante adopta una posición que recuerda al gesto amenazante de un cierto empresario bufo y estafador contra un ministro socialista. La religión empapa toda la sociedad en los

pueblos de Mesopotamia. Los sacerdotes, calvos, rapados al cero como una bola de billar, con la parte superior del cuerpo desnuda y la inferior con un faldellín de plumas, aparecen casi siempre con las manos juntas de una forma extraña, una contorsión que trae a la mente la cinta de Moebius. Las manos no se juntan como las de un cautivo ligado formando con sus palmas un arco ojival o un casco godo. Se diría que la mano derecha “da” la mano a la mano izquierda como si fuese de otra persona. El ejemplo más notable es el del gobernador con nombre de queso, el *patesi* Guda, de la ciudad de Lagash, sentado sobre una silla en una postura que parece un enanito con un aire entre bondadoso y jesuitón. Guda, como hará Salomón, mandó construir un templo inspirado en un sueño divino para honrar a Aquel del que todo poder o autoridad emana. La arquitectura, como el levantamiento de una ciudad, era un asunto serio que requería la intervención de los dioses. Se realizaban sacrificios enterrando piedras en los fundamentos, una costumbre que precede a la práctica “mafiosa” de sepultar víctimas asesinadas entre los cimientos de la casa y que hoy se reduce a meter algunas monedas en un pequeño cofre. Si a un arquitecto se le derrumbaba un muro, una columna o un techo y el morador moría también debía morir el causante, el mal arquitecto. He aquí una muestra de la responsabilidad penal en el trabajo llevada hasta unos extremos que hoy nos parecen eso, excesivos. Del mismo modo si un ladrón, como el “mur” o ratón que abre el muro, rompe una pared para robar, el código de Hammurabi prescribe que se le ejecute y se le entierre junto al hueco del “butrón” como testimonio y aviso para maleantes. La casa es sagrada y desde siempre los casados han querido casa. ¿Se necesitaba la bendición de los dioses para unir a un hombre y una mujer hasta que la muerte, el repudio, el “ahí te quedas”, los separase? En la ciudad de Mari habría muchas Maritornes con sus Juanes Palomos, a veces con juanetes y otras con grilletes. Abundan unas estatuillas encantadoras en las que se encuentran juntos un hombre y una mujer con carita de tórtolos, como si hicieran un viaje de luna de miel... Una nota afectiva de consuelo entre tanto rey altivo, montado en un carro con ruedas del tamaño de un tractor, bajo el parasol de algún eunuco con barba de zoquete que le sirve de escudo contra las flechas del sol, o entre tanta procesión de cautivos arrastrados hacia una suerte incierta en la deportación.

Como en el arca del sumerio “estandarte de Ur”, o en la novela de Tolstoi, Mesopotamia es “Guerra y Paz”, pero algo más de ración de la primera. O sea, más uñas que carneros. En una cara la destrucción, en otra la producción. Asurbanipal es un monarca asirio, un guerrero poderoso, pero también se jacta de saber leer y

escribir - no todos pueden decir lo mismo - y forma una magnífica "Biblioteca" que reúne varios miles de tablillas, muchas copias de obras antiguas desaparecidas. Los eruditos han descifrado verdaderos "catálogos" similares a los de las editoriales modernas. Gracias a ellos conocemos la existencia de un libro que relata un mito conocido: el enfrentamiento entre un dios pastor y un dios agricultor, un clásico conflicto entre dos actividades opuestas. Lo mismo en tiempos de la mesta que en los de Senaquerib o Salmanasar. Si no estuviéramos convencidos de que toda la literatura es tradición diríamos que Caín y Abel son un plagio de los hebreos. Y eso mismo podríamos decir del poema babilonio de la creación que inspira en parte el Génesis hebreo. En realidad, como dos y dos son cuatro, la lógica conduce a un mismo esquema: Del caos al orden siguiendo unas etapas necesarias. El hombre mata al león, el león al ciervo, el ciervo come hierba y la hierba precisa aire, agua, tierra y sol. Ergo, lo primero son los elementos. La vaca no puede existir sin hierba ni el hombre sin vacas ni vegetación. En una buena parte la Biblia únicamente se entiende proyectada sobre el fondo mesopotámico.

Pablo Galindo Arlé, 23 de enero de 2015